

Luis Chiozza

QUO VADIS



libros del
Zorzal

Quo vadis

LUIS CHIOZZA

Quo vadis



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Quo vadis / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2026.

94 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-970-1

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. I. Título.
CDD 150

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2026. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-970-1

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

En memoria de mis tíos Honorio y Amelio

Mi padre siempre fue un bohemio de corazón sensible y pensamiento rico en matices e incógnitas que convirtieron mi infancia en un mundo dotado de intrigas y maravillas. Mis tíos Honorio (hermano mayor de mi padre) y Amelio (hermano menor de mi madre) fueron representantes del honor y la responsabilidad que transformaron mi entorno de entonces en un mundo en el que existía la seguridad y la confianza. Si hay algo de ingenio y de responsabilidad en la forma en que ejerzo mi profesión de psicoanalista y escritor, el ingenio proviene de mi padre, y mi responsabilidad (que se suele denominar “seriedad”), de esos tíos que siempre recuerdo. Cuando, recién

LUIS CHIOZZA

casado con Paula, comenzamos a formar familia, y lo que en realidad necesitábamos no era dinero, sino “saber cómo”, ambos sentimos que allí estaba Amelio (todavía “joven”), para ayudarnos con todo.

Índice

Capítulo 1. El temor al abandono.....	13
Capítulo 2. Maldad.....	17
Capítulo 3. El enemigo.....	21
Capítulo 4. Sólo quizá.....	25
Capítulo 5. Entre gustos y disgustos	29
Capítulo 6. Remar contra la corriente	33
Capítulo 7. Intimidación.....	37
Capítulo 8. Decálogo del marino.....	41
Capítulo 9. Amistad	51
Capítulo 10. Distraer sin aliviar.....	55
Capítulo 11. Salud, dinero y amor.....	59
Capítulo 12. Todo puede ser de otra manera	63
Capítulo 13. Acostumbrarse.....	65

Capítulo 14. ¿Enfermedad de algo o enfermedad de alguien?.....	69
Capítulo 15. Texto y contexto	73
Capítulo 16. Responsabilidad y eficacia	77
Capítulo 17. Los actos triunfantes y lo psíquico genuino	81
Capítulo 18. Desequilibrio	85
Capítulo 19. Ars longa, vita brevis	89

Quo vadis (que significa “¿adónde vas?”) es una locución latina que se ha hecho célebre y que se atribuye a una pregunta que san Pedro dirige en la *via* Apia a Jesucristo, cuando este le responde: “Voy a Roma a ser crucificado de nuevo”.

Más allá de que la historia del origen de esa pregunta célebre aluda a un episodio que evoca una tenacidad persistente que proviene de una convicción que no vacila, y más allá de su connotación religiosa, el significado puro y simple de *quo vadis* (hacia dónde te diriges) cobra, en esa famosa locución latina, resonancias profundas que la tornan muy adecuada para encabezar un libro que se dedica, especialmente, a tratar de comprender motivaciones que, reprimidas, suelen permanecer inconscientes.

Capítulo 1

El temor al abandono



Sentimos que un bebé “extraña” a su mamá cuando llora, desconsolado, y pensamos que sólo ella logrará calmarlo. Para que nuestra soledad constituya una penuria, es imprescindible que alguien, que nos importa mucho, permanezca lejos.

Lo contrario de la atención (que nos despierta agudizando nuestra sensibilidad frente a lo que sentimos) es la costumbre, que endurece la zona de nuestra piel mortificada, el callo, y que nos lleva a pensar: “Qué le hace una mancha más al tigre... cuando ya se ha acostumbrado a tener que luchar con elefantes”.

Tal como Porchia lo señala: “La pérdida de una cosa nos afecta hasta no perderla toda”. Porque cuando sobrevivimos a que algo se pierda totalmente, y a que ya no quede nada por hacer, nos ayuda sentir que, a pesar del daño que provoca aquello que perdimos, permanecemos vivos.

Porchia también escribe: “Entra una nueva pena y las viejas penas de la casa la reciben calladas, no muertas”, y es verdad... Precisamente porque “la ausencia de lo que se extraña duele”, no se puede evitar reincidir en un “consejo ilusorio” que Porchia dirige a quienes abandonan:

“Cuando para acercarte a alguien te alejas de alguien, sólo te alejas de alguien”. Para conseguir algo no alcanza con despreciar sucedáneos.

Podría decirse que hoy “extraño” algo que tuve y que perdí, pero en realidad lo que sufro esconde el temor a ser abandonado. Nunca sabré si es algo o alguien que me abandona o que yo he abandonado. Es imposible “extrañar”, convertir en extraño, aquello que, aunque se perdió, en realidad se tuvo, y cuando decimos que un bebé “extraña” a su mamá, sólo sucede que sufre y protesta frente a la presencia de algo que no es lo que esperaba.

Pocas veces reconocemos que, con frecuencia, ese temor perdura en el adulto y se oculta en reproches y en protestas que no tienen otro fundamento.

Capítulo 2

Maldad



Había sido un niño curioso y también habilidoso. Todo lo que tenía a su alrededor le interesaba y, sobre todo, gatos, perros, escarabajos, hormigas, mariposas y ¡las moscas! que volvían, una y otra vez, sin importar que las echaran. Aprendió a cazar moscas con la mano y, mientras las mantenía dentro de su puño cerrado, introducía un dedo dentro de ese puño y, despacito, lograba

aferrarlas sin matarlas. Luego les arrancaba las alas para ver qué sucedía.

Llegó a ser un médico valioso cuando su curiosidad de investigador se fue convirtiendo, poco a poco, en el deseo de curar y aliviar a quien sufría, pero eso requirió muchos años.

Mas tarde, mucho más tarde, llegó a comprender un día que la maldad nunca lo había abandonado, y que sólo se puede llegar a ser realmente bueno cuando se conserva suficiente maldad para odiar y capacidad para ejercer el odio y combatir a todo aquello que daña lo que amamos. No hay cielo sin infierno ni infierno sin cielo. ¿Acaso ser bueno con los malos no equivale a ser malo con los buenos? Porchia lo expresa con la contundencia de una sentencia: “Creo que son los males del alma, el alma. Porque el alma que se cura de sus males muere”. También señala: “No

QUO VADIS

hables mal de tus males a nadie, que hay culpas de tus males en todos”.

En el equilibrio del ecosistema, se mata para no morir, y un matar porque sí, anticipando un daño imaginario, sin que provenga siquiera del intento de desarrollar una imprescindible capacidad de lucha (como sucede con los gatitos que se entrenan para mantener en forma su capacidad de caza), es una distorsión de la naturaleza que sólo se ve en el ser humano.

Capítulo 3

El enemigo



Hay algo atrayente, casi diría *entusiasmante*, en ser “principiante”, aunque suele pasar desapercibido que la neotenia, que nos conduce a los seres humanos a nacer sin saber caminar, es lo que nos otorga una capacidad para evolucionar que no se observa en otras especies. Es desde ese desprecio por nuestra condición neoténica que

desvalorizamos el ser principiantes, sin tener en cuenta que “volver al principio” nos otorga la posibilidad de descubrir un camino.

Weizsaecker, el más insigne de los psicopsicólogos, lo comprendió de ese modo cuando expresó que “vendrán otros, más jóvenes”, para recorrer un camino que él divisó en un horizonte todavía lejano. Han pasado ya algunos años, demasiados para lo que nuestra impaciencia reclama, y muy pocos para la evolución de nuestra especie, y sin embargo es posible que vengan otros, más jóvenes, y para que eso suceda es imprescindible dejar de asumir que lo extraño es enemigo.

Solemos pensar que el enemigo tiene cara de hereje (como suele decirse de la necesidad), pero no, nuestro peor enemigo, el que nos hace más daño, lo encontramos en los seres que amamos. Sólo ellos poseen las espinas “eficaces” que logran hundirse en nuestro corazón, que entonces

sangra. A veces logramos expulsarlas y, cuando eso sucede, dejan una cicatriz imborrable que en algunos días nos duele. Y es ese dolor inevitable el único proceso que nos conduce a crecer. Tal como sucede con un adolescente que cambia de estatura, nuestros miembros, entonces, se nos antojan “huéspedes” que no dominamos, y nos sentimos desmañados en cada movimiento.

Reparemos en que nuestros enemigos no son desconocidos y “extraños”, son seres entrañables, viejos conocidos que, con frecuencia, encontramos. Porchia señala: “El que busca herirte busca tu herida, para herirte en tu herida”, y también: “Un amigo, una flor, una estrella no son nada, si no pones en ellos un amigo, una flor, una estrella”. Falta agregar que nadie puede ser enemigo sin haber sido, antes, amigo.

Tal como se lee en la etiqueta de un excelente vino: “Al final del camino sólo recuerdas una

LUIS CHIOZZA

batalla. La que libraste contigo mismo, el verdadero enemigo. La que te hizo único”.

Capítulo 4

Sólo quizá



Leemos que las lenguas romances (originadas en Roma) son un grupo de idiomas que evolucionaron a partir del latín vulgar (el latín popular hablado en el Imperio romano). Los más importantes eran el español, el portugués, el francés, el italiano y el rumano.

Y que nuestro “estar a gusto”, nuestro “sentirse cómodo” con algo o con alguien, que en italiano se dice “*essere al proprio agio*” y en francés, “*être à l’aise*”, en portugués o en rumano se usan, como en español, equivalentes de la palabra “confortable”.

Importa consignar que de la expresión “*être à l’aise*”, y del francés antiguo “*des-aise*” deriva el término inglés “*disease*” que designa a la enfermedad. Recordemos que una parte del idioma inglés es de origen latino. (¿Convocará, además, “*disease*” la idea de “no fácil”?).

Mucho más nos importa, sin embargo, cuando dejamos de lado los grandes sufrimientos que provienen de enfermedades y desgracias que tornan fácilmente comprensible la penuria que las acompaña, tratar de desentrañar de qué depende, en última instancia, ese “estar a gusto o a

QUO VADIS

disgusto” con las vicisitudes “menores” de la vida que estamos transitando.

Y la respuesta es una: nos cuesta admitir que, a pesar de Goethe, y de su amor por los que buscan lo imposible, hay momentos en que, duelo mediante, es necesario decir “basta”. Hay cosas que “ya están”... Sólo nos queda la tristeza de saber que “no voy a poder”. Es necesario despedirse y reconocer que quizá, *sólo quizá*, se abrirán otros horizontes.

Capítulo 5

Entre gustos y disgustos



No cabe duda de que vivimos entre gustos y disgustos, y conviene preguntarse: ¿de qué depende que suceda una u otra cosa? En seguida se nos presenta una respuesta: depende de la terquedad con la que asumimos que sólo le otorgaremos al destino una sola oportunidad, que se construye en torno de un único deseo. Y sucede de ese

modo a pesar de que decimos, con frecuencia, que “salga pato o gallareta” son cosas comestibles.

Tampoco cabe duda de que ese único deseo se construye en torno de un ayer, el único lugar que ofrece una figura en la que se pueden depositar nuestros anhelos. Por eso dice Porchia: “Estoy en el hoy y en el ayer. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”. Porque lo que se espera del mañana se construye con imágenes de experiencias que ya se han vivido. Y, a pesar de eso, el mañana, tal como se ve con claridad en la vejez, siempre trae consigo sorpresas frente a las cuales, como señala Porchia: “Hoy no podría habituarme a cómo seré mañana; mañana sí”.

Jean Gebser, en su libro *Origen y presente*, escribe: “El origen siempre está presente. No es un comienzo, puesto que todo comienzo está ligado al tiempo. Y el presente no es el mero ahora, el hoy o el instante. No es una parte del tiempo sino

un resultado integral y, en consecuencia, siempre originario. Quien es capaz de llevar a efecto y a la realidad el origen del presente como integridad, quien sea capaz de concretarlos, superará el principio y el fin, y el mero tiempo actual”.

¿Qué quiere decir Gebser? Creo que trata de aclarar que, en el fondo, siempre se trata de “sentir” la importancia o, mejor aún, la trascendencia de algo que hay veces que “se vive” y que, cuando sucede, transcurre de un modo que no recorre una órbita “clásica”, como hacen planetas y satélites, sino que *se presenta “de vez en cuando”, como lo hacen los cometas.*

Capítulo 6

Remar contra la corriente



Tal como lo expusimos en *Intimidad, sexo y dinero. ¿Alguien sabe quién soy?*, existe una sexualidad demasiado desaprensiva y un dinero “fácil” que se obtiene mediante procedimientos espurios y posibilita acumulaciones dañinas. La biología y el psicoanálisis nos muestran que la sexualidad constituye el carburante que mantiene encendida

la chispa de una vida compleja, rica en realizaciones sublimes. La sociología y la economía, que el dinero es un invento que facilitó enormemente el intercambio y acumular bienes difíciles de cuidar y preservar.

La moral reúne las normas que un conjunto de seres que conviven comparte y constituyen costumbres (“mores”, por su origen, remite a costumbres y usos) en sus modos de vivir. La ética, en cambio, reúne un conjunto de reflexiones que, acerca de las normas, se realizan.

No todas las conductas que hoy son frecuentes, especialmente en lo que se refiere al sexo o al dinero, son morales, es decir, compartidas por el conjunto de personas que las usan. Muy por el contrario, son frecuentes la corrupción moral o inclusive la trasgresión de las leyes que establece una comunidad civilizada (el delito).

QUO VADIS

Se trata de una frecuencia que suele aumentar en las épocas en que la comunidad civilizada de la humanidad en su conjunto, como sucede en nuestros días, atraviesa un período crítico en el cual se descrece de los preceptos vigentes y no se dispone aún de otros nuevos. Según la crítica mordaz de Enrique Santos Discépolo (en el tango “Cambalache”), en una época corrupta como la nuestra, que ya va durando demasiado, “el que no llora no mama y el que no afana es un gil”.

La conclusión es dolorosa y clara: constituye “el signo de los tiempos” que hoy vivimos el hecho de que quienes encuentran un camino saludable necesiten atreverse a “remar contra la corriente”.

Capítulo 7

Intimidad



Leemos que la intimidad se refiere al ámbito, tanto físico como emocional de una persona (en donde habitan pensamientos y afectos), más reservado y recóndito, ya que no se comparte con facilidad. El vocablo es un superlativo de “*intus*”, que significa “dentro”.

En dos libros anteriores (*Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa, e Intimidad, sexo y dinero. ¿Alguien sabe quién soy?*) nos ocupamos de la intimidad y llegamos a reconocer la importancia de distinguir entre una identidad pública, otra privada, y una tercera, secreta, una parte de la cual uno reprime y “desconoce”.

De allí nos interesa rescatar ahora cuatro sentencias. Hay preceptos con los que no se juega. Hay estilos en toda convivencia, que son incompatibles. Hay contabilidades que dependen de quién es el que calcula. Y, sobre todo, hay formas en que los amigos se pierden, que son típicas.

No cabe duda de que, si de aprender a convivir se trata, es un asunto que involucra temperamento y carácter, y que no siempre alcanza con elegir con quién compartir aquello que se desea vivir; hace falta también, con frecuencia, duelar. Claro que se podría armonizar mejor

QUO VADIS

compartiendo sólo las cosas que dos personas disfrutan, pero eso únicamente será posible admitiendo por lo menos una de otras dos condiciones. La primera consiste en renunciar a todo aquello que no puede ser compartido; la segunda es aceptar, sin sentirse abandonado, que cada uno de los coparticipantes disponga de un espacio propio en el cual pueda hacer, sin quejas, sin reproches y sin culpa, algo que le place, aunque no forme parte de lo que disfrutan quienes conviven con él.

Capítulo 8

Decálogo del marino



Se suele decir “esto no es vida” como si la mala vida no formara parte de la vida, o como si la vida tuviera por contrato que ser buena. El sentimiento de que la verdadera vida se encuentra en otra parte nace muchas veces como la envidia de proyectar sobre los otros un goce imaginario. La felicidad se piensa como una especie

de holograma inaferrable que se dibuja con la proyección invertida de nuestro malestar. Es cierto que de ilusión también se vive, pero esto funciona cuando somos capaces de aceptar la cuota de desilusión que acompaña siempre a las satisfacciones reales.

La idea de que soñar no cuesta nada es errónea. Las posibilidades de gozar dependen de la capacidad de tolerar la diferencia entre lo deseado y lo obtenido. Aunque el sufrimiento y el malestar se atribuyen casi siempre a recuerdos del pasado y a percepciones del entorno presente, son actuales y se sienten “en el cuerpo”. No hay duda de que pueden, o no, valer la pena que ocasionan, y que en esa valoración podemos acertar o equivocarnos, creyendo, por ejemplo, que sufrir otorga méritos. Pero hay también buenos motivos para afrontar el dolor o para postergar el placer.

Si pensamos que una ruina es una parte que conserva la capacidad de mostrarnos lo que el conjunto fue, o lo que podría haber sido en la plenitud de su forma, vemos que hay una manera de vivir que arruina la vida y un vivir en forma (como señala Ortega) en el cual esa plenitud se realiza.

No existe ningún mapa para recorrer el futuro, pero hay situaciones típicas que siempre se repiten. Aunque es muy difícil evitar en un decálogo que el discurso se incline indeseadamente hacia los tonos que usa el deber, reunimos en un “*decálogo del marino*” un conjunto de lemas que pretenden acercarnos a lo que la experiencia enseña.

1. *Es necesario aligerar la carga para realizar un buen camino.*

En el terreno de la vida, señala Bateson, el óptimo no coincide con el máximo, se trate de agua, azúcar o dinero.

Cuando se vive sin quejas, sin reproches y sin culpa, y en la convivencia se potencian las virtudes y las semillas germinan, nuestros encuentros son fructíferos, aunque siempre generen impurezas que deben ser elaboradas viviéndolas.

2. Hay que estimar la derrota y volver a trazar el rumbo cada día.

Sólo si nos ocupamos de un ahora levemente ampliado hacia delante, y respondemos, como el bombero voluntario, tratando de reparar los daños sin que nos importe quién los hizo, nunca nos descorazonarán las derrotas que provienen de los vientos que soplan.

3. Cuando se debe cambiar de rumbo, cada oportunidad es la última.

Es necesario crecer, como la rama, en el lugar que le permite el muro, sin resignar totalmente sus proyectos y sin mantenerlos a todo

trance con absurda terquedad, fracasadamente invariantes.

4. *Es necesario renunciar rápidamente a lo que ya se ha perdido.*

La realidad es siempre un buen negocio.

5. *No hay que olvidar la luz del sol en la oscuridad de la tormenta ni el temporal cuando el mar está en calma.*

Si agitamos dentro de un frasco cincuenta bolillas blancas y otras tantas negras, comprendemos que los acontecimientos buenos y los malos no se sucedan alternativamente uno por uno, se presentan en “rachas” más allá de la benevolencia o malevolencia del destino.

6. *Cuando la mar es muy dura, el objetivo es flotar, pero es necesario conservar la estropada para gobernar el timón.*

Navegar es lo contrario de flotar al garete. Es necesario otorgarle un sentido a nuestra vida apuntándola en alguna dirección, y distinguir entre una torpe terquedad y la tenacidad que cede elásticamente para volver a pugnar.

7. El puerto de destino es una conjetura.

Nuestros deseos y temores son recuerdos, pero nunca se vuelve al lugar de donde se ha salido, porque lo que vuelve no es igual a lo que fue. No se puede ir dos veces a París por vez primera. El logro se acumula en la ruta, no se obtiene en la meta.

8. El canto de las sirenas debe escucharse atado.

Es imprescindible rechazar el engaño de los caminos fáciles y distinguir, entre los sueños, aquellos que han de convertirse en realidad. Nuestros padres también han querido ser abuelos, nuestros deseos de procrear incluyen a

los suyos, y la vida de uno mismo es demasiado poco como para dedicarle por entero nuestra propia vida. El único placer saludable es complacer. El significado de la vida se establece siempre con otros que le otorgan su sentido.

9. En la nave se afirma la rémora, luego de haber aparejado es necesario zarpar.

Las aguas navegables transcurren entre dos filósofos o escollos: el odio a lo bueno por querer lo mejor y el amor a lo malo por miedo a lo peor.

10. Navegar es necesario, vivir no.

Si pensamos que luego de haber muerto es imposible sufrir una carencia, podríamos decir:

Hoy, en las horas de la esperanza trunca,
cuando los sueños dejan ver por vez primera
el resorte interior que forma su quimera,
he perdido el temor a lo que significa nunca.

LUIS CHIOZZA

Ignoro dónde estoy, qué mares voy surcando,
el puerto familiar en el que ayer soñaba,
ha quedado ya lejos, como el regazo blando
que ha seguido el destino de todo lo que acaba.

No me importa vagar, perdido entre la bruma
de un mar que no es azul,
que es gris como la muerte.
Son las olas y el viento como la vida, fuertes,
y mi barco las corta en un torrente de espuma.

No necesito ver, como otrora creyera,
el decurso completo de la ruta futura,
me basta con saber la concreta manera
de aferrarme al timón, cuando la mar es dura.

Un día llegará en que mi barco, desecho,

QUO VADIS

se fundirá con el mar, para el que fue creado.
Una hora fatal en que todo lo hecho
unirá su destino con lo apenas soñado.

*Ayer, contra la ola más alta,
en el corazón de mi nave un madero crujió.
¡Navegar, eso sí que me hace falta!,
me dije, pero la vida no.*

Capítulo 9

Amistad



Entre todos los sentimientos que unen a los seres vivos, hay uno, la amistad, que no es fácil definir. Se suele decir que es un amor desinteresado, pero si reparamos en que interés es “ser entre”, es decir, “ser en una relación” (y nos parece mal que la palabra “interesado” suela usarse con un sentido peyorativo ajeno a los sentimientos amistosos),

cae por su propio peso que definir a la amistad como un amor desinteresado no es suficiente.

Afortunadamente, podemos recurrir al psicoanálisis, que nos ayuda a comprender que la amistad, como el cariño, se constituye “coartando en su fin” los sentimientos que surgen de los impulsos eróticos y constituyen un poderoso atractor. Cabe agregar de inmediato que la coartación de un fin, lejos de constituir una transformación unilateralmente negativa o perjudicial, forma parte de la energía que pone en marcha movimientos saludables.

Lo que afirmamos quedaría incompleto si no incluyéramos que, entre las vicisitudes de un vínculo amistoso, importa referirse a la forma en que los amigos se pierden, dado que la amistad, como ocurre con todos los bienes de los cuales se disfruta, requiere un mantenimiento que “preserva la atención”, y protege a nuestra conducta

de los desgastes que la costumbre suele producir. Cabe recordar aquí lo que escribe Porchia: “Cuando para acercarte a alguien te alejas de alguien, sólo te alejas de alguien”.

Reparemos, entonces, no sólo en que, en algunas circunstancias, el contacto puede irritar y aminorar el estímulo que surge del compartir recuerdos o proyectos, sino también en que toda relación se protege con un encuadre adecuado que establece una distancia óptima distinta, pero nunca “indiferente”, en cada relación.

Capítulo 10

Distraer sin aliviar



Si tuviera que definir brevemente en qué consiste lo esencial de nuestra época, diría que la caracteriza el predominio de un malestar ubicuo y general. Por un lado, se trata de un “sálvese quien pueda”; por el otro, de un clima en el cual lo que más abunda es el egoísmo. La lucha cotidiana es de todos contra todos, y lo único que florece por doquier son las

“distracciones”, que funcionan como monótonos y pobrísimos oasis que otorgan, apenas, algo raquíptico y patético que “distrae” sin aliviar.

Por fortuna, no todo es así, porque unos pocos, que alojan en el pecho la cordura de un corazón saludable, viven remando sin cesar contra una corriente turbulenta que arrastra con una fuerza poderosa. Tenemos que acostumbrarnos a una idea que hoy se nos presenta con una fuerza inusitada: hay que enfrentar la adversidad para encontrar una parte del “sentido de la vida”, pero eso no nos debe impedir intentarlo.

En nada ayuda insistir en identificar culpables. Sabemos que el gobierno verdadero, el único que se mantiene en el poder, es el que procede acorde con una opinión pública inconsciente y subterránea que opera reprimida, pero no inhibida. Una opinión oculta a la cual, al contrario de lo que manifestamente se alega,

suele complacerle el triunfo de aquello que declara odiar y combatir.

Es necesario comprender que no reflexionamos desde un enfoque pesimista. Así como la maravilla de cada nacimiento transcurre entre heces y orinas que son inevitables, sabemos que no habrá cielo sin infierno, pero tampoco un infierno sin un cielo, porque ambos se definen y condicionan mutuamente.

Aunque no en todas las épocas se presentan las mismas urgencias, la existencia del clásico y dramático *quo vadis* nos demuestra que lo que hoy nos ocurre no nos sucede por primera vez, que nos preguntamos hacia dónde vamos desde el lugar en que partimos, o desde la manera en que vivimos, y que la interrogación por el sentido (que no sólo incluye lo que siento, sino además la dirección hacia la que me encamino) nos viene desde antiguo.

Capítulo 11

Salud, dinero y amor



Como señala muy bien Gustavo Chiozza, con frecuencia sucede que, en lo que se refiere a esos tres tópicos, lo que se posee nunca alcanza.

Abunda la creencia de que, cuanto más dinero se obtiene, lo que se ha logrado es mejor. Es una

idea que se resume en la frase “tanto tienes, tanto vales”, medido en dinero.

Que el dinero deje de funcionar como un medio para lograr otros fines, y se convierta en una meta que funciona vacía de un ulterior sentido, ha sido señalado por numerosos autores. No ha ocurrido lo mismo con la salud.

La idea que Gustavo expone y desarrolla en su libro *Por qué la gente fuma*, acerca de la búsqueda insalubre de la salud, ha sido descuidada o no ha sido suficientemente asumida, hasta donde sé, dentro de la literatura psicoanalítica.

En cuanto se refiere al amor, también ha subrayado una idea que, si es cierto que no es desconocida, ha sido muchas veces olvidada o minimizada: “Para el bienestar, para una valiosa autoestima y una conducta saludable,

QUO VADIS

más importante que el amor que se recibe es el amor que se otorga”.

Es lo que Weizsaecker denominaba *la ofrenda porfiada*. Porque lo que habitualmente suele predominar conduce a creer, erróneamente, que lo más importante reside en el amor que se recibe.

Capítulo 12

Todo puede ser de otra manera



En 1968, en “Especulaciones sobre una cuarta dimensión en medicina”, escribí “Sobre la palabra especulación”, “Notas sobre una nueva visión del mundo”, “La contribución del psicoanálisis a la nueva visión”, “Introducción a la idea de un proceso terciario”, “Representación humorística

del impacto con una nueva dimensión inabordable” y “Encuentro con la necesidad de una nueva dimensión en la medicina y en la técnica psicoanalítica”.

También citaba palabras de Enrique Racker: “Lo que no se puede alcanzar volando debe tratarse de conseguir rengueando. Las Escrituras dicen que no es pecado renguear”.

La expresión “todo puede ser también de otra manera” alude a la prudencia con que deben ser consideradas las ideas que no coinciden con las que adoptamos. Algo similar se encuentra en lo que Gregorio Klimosky llamaba “el principio de misericordia”.

Poniéndome en contacto con el que fui en otros momentos de mi vida, creo que vale la pena que uno se lo recuerde a sí mismo.

Capítulo 13

Acostumbrarse



Solemos hablar muy a menudo de la importancia que tiene el duelo, un proceso que demanda un trabajo y requiere elaborar la antipatía que produce tener que reconocer que hay que renunciar a lo que ya se ha perdido. Pero la esperanza no sólo es tenaz, porque también es terca.

Muy pocas veces nos damos cuenta de que la cuestión reside en “acostumbrase a la idea”. Sin embargo, tal como lo escribe Porchia: “Hoy no podría habituarme a cómo seré mañana; mañana sí”. También suele decirse que el tiempo todo lo cura.

Pero no cabe duda de que, a pesar de lo que una y otra vez decimos, siempre conservamos la esperanza de que alguien o algo nos muestren que no es cierto lo que ha sucedido. Que “no puede ser” lo que fue.

A pesar de que, como escribe Machado, “al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”, en la literatura de ciencia ficción abundan los viajes en el tiempo, que satisfacen el deseo de una posibilidad, ilusoria, que permita desandar un camino que se ha recorrido.

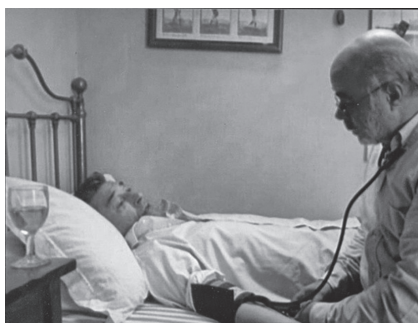
QUO VADIS

¿Realmente estamos prometiendo, cuando decimos “perdóname”, que no volveremos a hacerlo? Casi siempre, nunca. Total, como ayer se arregló, se arreglará mañana.

Dicen que San Martín amonestó a un oficial de su ejército que había faltado a su palabra de honor. Y que, cuando el oficial le dijo “le doy mi palabra de honor, mi general, de que no volverá a ocurrir”, San Martín le contestó: “¿Cómo, tiene otra?”.

Capítulo 14

¿Enfermedad de algo o enfermedad de alguien?



¿Soy o estoy hipertenso?

Hemos aprendido que *algunos sentimientos pueden conducir, desde lo inconsciente, hacia una hipertensión arterial*. La constelación de afectos implícitos en esos sentimientos constituye una

crisis en el sentimiento de autoestima y está formada por...

Sentirse desvalido, dependiente de la asistencia ajena y de un suministro que abastece.

Una idea de omnipotencia y autosuficiencia que procura sostenerse luego de la pérdida de los objetos que la sostenían, y que conduce a un sentimiento de indignidad o de indignación reactiva.

Se busca la “bendición” de ser digno mediante el dar, pero fracasa porque es un dar para merecer. Una actitud pródiga que “no da porque el otro necesite”, sino porque necesita dar para negar su dependencia. El intento “pródigo” *presume* ser valorado. Nace “interesado” en superar la indignidad latente, y por eso nace fracasado, generando la idea de desangrarse en una dádiva sin retorno (sintiendo que la retribución que recibe es siempre insuficiente).

La constricción periférica en la hipertensión (aumento de la tensión arterial “mínima”) intenta fracasadamente evitar el “desangrado” de una herida que no cicatriza (la dádiva sin retorno). Se siente en especial con los seres queridos a los cuales “se ayuda” como si fueran hijos pequeños. La indignidad reprimida se oculta con indignación. La dádiva oculta la dependencia enorme de un amor “insustituible” que se siente perdido.

Freud describe tres metas ideales que constituyen “apoyos” de los intentos de recuperar a un objeto que “va y viene” con una voluntad que no se domina y que se siente perdido: 1) restos perdurables de la omnipotencia inicial; 2) refuerzos obtenidos de experiencias infantiles anteriores; 3) la satisfacción de sentirse amado.

Capítulo 15

Texto y contexto



Sostener que el texto depende del contexto es un lugar común. Todo el mundo entiende que si se solicita una rubia en un prostíbulo el que habla se refiere al color del cabello, mientras que si lo hace en un bar está pidiendo una cerveza.

Mucho más difícil es comprender que también el contexto puede depender del texto, y

explorar esa posibilidad conduce hacia reflexiones más interesantes

El contexto es algo así como el encuadre o las circunstancias dentro de las cuales transcurre un determinado evento. Es decir, que un diálogo transcurra en el prostíbulo o en el bar, o entre marineros o universitarios.

Para disminuir la aridez de lo que digo, basta con referirse a un ejemplo que comprometa a un episodio que despierte un interés mayor. Pero... ¿de qué depende ese “ser entre” (*inter-essere*) que denominamos “interés”, sino de la posibilidad de “identificarnos”, es decir, de comprender que lo que se narra podría habernos sucedido? Porque así ingresaríamos en la zona en donde “el otro” es como uno. Es evidente, entonces, que el contexto también depende del texto, porque el acontecimiento relatado, es decir, el texto, evoca o “construye” al contexto que le otorga su sentido.

Si yo dijera que el viento ha sacudido la ventana, todos se preguntarían: “¿Y...?”. Si añadiera que eso rompió el vidrio de esa misma ventana, seguirían preguntándose lo mismo. Pero si agregara que ese vidrio hirió a mi hijo en la mejilla, la serie de “¿y?” finalizaría con un “ah”.

¿Son estas reflexiones una “diversión” intelectual que carece de importancia? Sí y no, porque lo que las vuelve interesantes es comprender que el contexto no es algo “que ya estaba”, sino que nace junto con el texto.

Capítulo 16

Responsabilidad y eficacia



Pedro llevó el auto al mecánico para que lo reparara porque su embrague “patinaba”. El mecánico pensó en que hubiera bastado con que Pedro no hubiera adquirido la costumbre de mantener siempre apoyado su pie en el embrague, para que no fuera necesario remplazar los discos de ese mecanismo con tanta frecuencia. Es claro que el

buen funcionamiento de un automóvil no sólo depende del que lo repara, sino también de los cuidados del usuario y de su permeabilidad a los consejos del mecánico.

Hoy, gracias a la investigación psicoanalítica, sabemos que enfermedades que registramos en el cuerpo, como la diabetes, la gastritis, la psoriasis, el colon irritable, el asma, la osteoporosis o la hipertensión arterial, por ejemplo, no sólo dependen de la constitución o del temperamento, que se heredan, sino también del carácter y del modo en que nos comportamos con el cuerpo y con los males del alma.

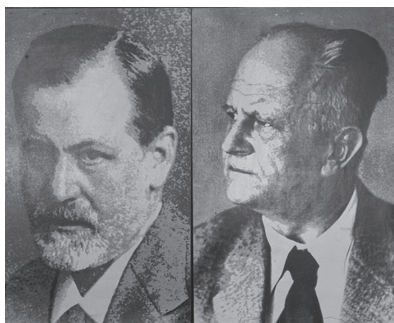
Conmueve comprobar que, tal como lo consignamos en *Lo que nos hace la vida que hacemos*, en todos los órdenes de nuestra existencia humana nuestra salud o enfermedad, nuestro bienestar o nuestro sufrimiento no sólo dependen de lo que al nacer recibimos, de lo que ya sucedió o del

QUO VADIS

ensombrecer la vida viviendo dedicados a “cuidar” el cuerpo, sino también de las formas que al vivir adoptamos, y de nuestra permeabilidad para asumir los cambios que nuestro entorno requiere. Si no fuéramos una parte de lo que nos sucede, como creía Pedro, tampoco tendría ninguna importancia nada de lo que podemos hacer.

Capítulo 17

Los actos triunfantes y lo psíquico genuino



Si, cuando levanto la taza para beber su contenido, derramo torpemente el café sobre lo escrito que tengo que firmar, el “ojo clínico” de un psicoanalista dirá que el fracaso en la ejecución de mi propósito es un “acto fallido” que proviene de que, en realidad, contrariando lo que

conscientemente sostengo, albergo el deseo de no subscribir el documento. No cabe duda, entonces, de que los actos que Freud denominó fallidos, en los cuales aquello que por fin se impone contradice lo que conscientemente pienso, constituyen “actos triunfantes” en los cuales un propósito oculto predomina.

Freud, autor de *Psicopatología de la vida cotidiana*, su libro más leído, esclareció que la existencia de un psiquismo inconsciente se manifiesta en tres maneras distintas que constituyen “actos” cuyo significado permanece inconsciente. Los sueños (una “*via regia*” del psicoanálisis que la interpretación revela), nocturnos y diurnos (estos últimos también denominados fantasías inconscientes); los síntomas, que se configuran como actos sintomáticos; y los actos fallidos.

Casi nunca se señala (Victor von Weizsaecker constituye una excepción) lo que sólo al final

QUO VADIS

de su vida —rechazando además, en forma explícita, el dualismo cartesiano— formuló enfáticamente: lo verdaderamente psíquico no es la consciencia, *aquello que la consciencia registra como cuerpo constituye lo psíquico genuino, y es necesario buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.*

Capítulo 18

Desequilibrio



De pronto, Eulalia se encontró pensando qué le regalaría a su amado hijo Miguel, ahora que cumplía sus 14 años. Deseaba que Miguel supiera que ella “lo quería” y sentía que, para expresarle su cariño, algo había que darle. De pronto, se preguntó por qué. ¿Acaso Miguel no sabía que ella lo quería muchísimo? Enseguida le asaltaron

recuerdos... Su miedo cuando, en el mes que Miguel cumplió 8 años, hubo que operarlo de apendicitis. ¿Por qué razón se aprecia la magnitud del cariño en los momentos en que a la persona que queremos le suceden cosas que nos llevan a temer una desgracia?

Como decía Spinoza y subraya Rovelli: “Ignoramos las causas que nos hacen obrar como obramos”. Pero una cosa es cierta: para que una noticia sea suficientemente buena, es imprescindible que anuncie la desaparición de algo malo.

Aquello que posee, en definitiva, la posibilidad de abrumarnos es un equilibrio en el que nada se mueve. Sorprende comprobar que sólo se puede disfrutar del presente o imaginar un bienaventurado futuro recordando dos instantes pasados que en realidad siempre permanecen unidos: un dolor que ayer se ha vivido y el alivio que a continuación se ha sentido.

A pesar de lo que a primera vista se podría suponer, sin el desasosiego que el desequilibrio provoca, se carece de un suficiente factor motor que, cuando existe, proviene de un ayer tumultuoso. Y constituye ese “algo para recordar” que otorga una confianza que conlleva la anulación del peligro que surge cuando se “incurrir” en un equilibrio abrumador en el que nada se mueve. ¿Qué otra cosa podría ser un proyecto si no fuera la proyección de un ayer en un mañana inquietante que se suele preferir previsible? Sorprende comprobar, sin embargo, que si bien es cierto que lo imprevisto abunda, también es cierto que no siempre frustra.

Tal como Porchia señala: “Creo que los males del alma son el alma. Porque el alma sin sus males muere”. Y también: “Sí, eso es el bien, perdonar el mal. No hay otro bien”.

Capítulo 19

Ars longa, vita brevis



La locución latina “*ars longa, vita brevis*” suele traducirse como “el arte (el conocimiento, la habilidad, la destreza) es largo (de aprender), pero la vida es breve”.

Es citada habitualmente como parte de los *Aforismos* de Hipócrates (460-377 a. C.), el médico griego, oriundo de la isla de Cos, a quien

por lo común se denomina “el padre de la medicina”. La frase completa es: “*Vita brevis, ars longa, oacassio praeceps, experimentum periculosum, iudiciuim difficile*” (La vida es breve; el arte, largo; la ocasión, fugaz; la experiencia, confusa; el juicio, difícil...). El párrafo continúa diciendo que “no basta con que el médico haga [...] cuanto debe hacer si [...] no concurren al mismo propósito los asistentes y demás circunstancias exteriores”.

Han transcurrido más de dos mil años desde los tiempos de Hipócrates, y la evolución de la medicina ha conducido a logros que superaron lo imaginado y a fracasos estrepitosos que, para colmo, han dado lugar, muchas veces, a posteriores hallazgos que contribuyeron a sostener un bienestar saludable. También es cierto que obtener algunos logros deseados ha llevado, muchas

veces, a tener que soportar consecuencias indeseadas y perjudiciales.

Si reparamos en que el ejercicio de la medicina no sólo deriva de la ciencia sino que además es un producto del arte, surge de inmediato que también requiere de la vocación y la inspiración que observamos, por ejemplo, en los músicos auténticos. No es necesario recurrir a una sonata como el “Claro de luna” que compuso Beethoven, para comprender que un médico torpe se parece a un pianista que aporrea un instrumento que, opaco y pesado, en lugar de cantar aturde.

Los recursos genuinos de la medicina operan como el sonido de las notas oportunas de un músico inspirado. La torpeza de un médico que opera sin la compasión que nace de la simpatía se parece, en cambio, a lo que sucedería con un pianista que recorriera el teclado con los dedos enfundados en guantes, porque produciría, sin

LUIS CHIOZZA

querer, los famosos “efectos secundarios” que derivan de oprimir la notas adyacentes que hay que evitar tocar.

